

Alejandro Suárez



POR NUESTRA
PERESTROIKA

DUALS
2018
ALBAO

editorial
3600

POR NUESTRA PERESTROIKA

ALEJANDRO SUÁREZ

Si uno logra permanecer en la escuela, si no comete demasiadas infracciones ni negligencias, permanecerá en ella durante diez años. Durante estos diez años, tu tiempo estará totalmente regulado, tan sólo en contadas ocasiones tendrá dudas acerca de dónde debe estar y qué debe hacer, habrá muy pocas horas en total durante las cuales uno debe decidir por sí solo. El resto del tiempo estará regulado de antemano. Suena la campana, subes al aula; vuelve a sonar la campana, bajas al patio; suena de nuevo, comes; vuelve a sonar, deberes; suena, tres horas de las que po-

drás disponer libremente; suena por última vez, te vas a la cama. Es como si hubieran extendido innumerables túneles estrechos, túneles del tiempo, y tú te moveras a través de ellos y solo a través de ellos. Los túneles son invisibles, como de cristal recién pulido, no los ves hasta que, volando, chocas contra ellos. Pero, en cambio, si te vuelves ciego o pierdes la vista de manera sensible, tendrás necesariamente que intentar comprender el sistema de túneles. Yo llevo tiempo intentándolo, ahora lo conozco.

Los fronterizos (Peter Høeg)

...los puños alzados, las consignas coreadas, en general el exaltamiento de las pasiones le repelen. Solo el amor y el arte son, en su opinión, dignos de una entrega sin reservas.

Juventud (J. M. Coetzee)

1. DARWIN CONTRA LUCA PRODAN

A eso de las diez de la noche volvió la luz y Aarón descubrió que algún gracioso había aprovechado el apagón para poner una rana muerta en su almohada. Chilló, maldijo y se cagó en la madre del jodedor sin nombre. Chaviano, el jefe de albergue, al no poder identificar el culpable, cortó por lo sano y mandó a todos los internos del cubículo tres, albergue seis de varones (Aarón incluido), a hacer limpieza profunda de inodoros y duchas. En el sorteo, me libré de limpiar los inodoros; al menos eso.

A las diez y cuarentaicinco, según el digital de Seriosha, yo seguía arrodillado en el sector de las duchas. Con una espátula raspaba el sarro y el jabón acumulado en azulejos y juntas. Los remojaba con ácido clorhídrico diluido que sacaba de una botella que rotaba de mano en mano entre los integrantes de la brigada improvisada y soñolienta. Eran ocho regaderas sin divisiones, éramos ocho, cada uno se ocupaba de una porción de piso y de pared.

Un poco de ácido cayó en una pequeña herida que tenía en el nacimiento de la uña del pulgar de mi mano derecha. ¡Mierda!, exclamé; ardía más que el mertiolate. Desde el sector de los inodoros Chaviano me mandó a callar. Fui hasta los lavaderos y me enjuagué con abundante agua; luego regresé al trabajo; sentía ganas de hacerle tragar sarro, jabón, ácido y hasta la espátula al estúpido que había puesto la rana y a Chaviano, que hacía pagar a justos por pecadores.

Simulando que trabajaba, Seriosha se acercó. Quiero armar un grupo de rock, dijo en voz baja. En principio no entendí. Quiero que seas el bajista, insistió. ¿El qué...? ¡El bajista! Me rasqué la cabeza con la espátula; él dio sus razones: sabes poner acordes y eres medio poeta, quiero hacer un grupo que en el futuro escriba sus propias canciones y no...

Chaviano volvió a manifestarse, nos mandó a callar y nos amenazó con duplicarnos el trabajo. En silencio, regresamos al sarro y a la espátula.

¿Quién coño te dijo que soy poeta?, pregunté al rato, casi susurrando. ¡Lo que escribiste de las cucarachas a esa putica de Giselle!, respondió Seriosha; perdón si ofendo a tu novia. Uno: no es mi novia, aclaré rápido; dos: por hacerme el gracioso el viernes me van a hacer puré en la Mesa Redonda, y tres: nunca en mi vida toqué el bajo. A Seriosha no le interesaba hablar de novias y de Mesas Redondas, y en cuanto a mi falta de experiencia en el bajo, para él era un detalle menor; me había visto tocar la guitarra y creía que yo tenía sentido del ritmo, sabía poner acordes y una aceptable mano derecha; era suficiente. Recordé que días atrás Basilio había traído su guitarra y yo me había animado con la introducción de "Michelle"; la tocaba torpe y de memoria, como un robot. ¿Por qué no le hablas a Basilio?, pregunté; también sabe poner acordes. Seriosha hizo una mueca que parecía de espanto. Ni loco, Basilio canta canciones de Los Pasteles Verdes, mi banda necesita otra actitud. ¿Y quién dijo que yo tengo esa actitud? A ti te gustan los Beatles, algo es algo. ¿Qué tienes en contra de los Beatles? Nada, solo que han llegado con veinte años de retraso. Tampoco es para tanto. Sí lo es, "All you need is love" fue la novedad de este verano, parece que viajamos en la máquina del tiempo. Cinco semanas en el número uno de Sonorama, destronaron a los BoneyM, no es poca cosa.

Seriosha detuvo el trabajo, puso la espátula en el piso, metió la mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón, sacó el walkman que siempre llevaba consigo, y del walkman un casete. Era original, de fábrica, *Compilado Bizarro - Argentinian punk*. ¿Qué es esto?, pregunté. Del bolsillo de su camisa, Seriosha sacó la caja vacía del casete. En la portada, el mismo título y el dibujo de un cantante con una cresta mohicana en la cabeza. Había una lista con los nombres de los grupos; retuve algunos al vuelo: Los violadores, Sumo, Todos tus muertos, Flema. ¿Qué mierda escuchas?, pregunté. Punk argentino, contestó. ¿Argentino de Argentina? Seriosha había estudiado la secundaria en Buenos Aires porque su padre, diplomático de carrera, era agregado cultural en ese país; también había vivido en Granada y en Irlanda. Semanas atrás, cuando contó esos pormenores de su biografía, lo examiné para ver cómo lucía alguien que había vivido en el extranjero, si se le notaba alguna alteración en el fenotipo (diría Zulema, profesora de Biología). Nada relevante: un tipo alto, un poco gordo, con el pelo color mostaza, enredado y pajuzo; encima, usaba las mismas botas cañeras que usábamos todos. Eso sí, tenía un walkman y una guitarra eléctrica. Mi familia completa escuchaba música en un radio Selena; yo tenía una guitarra que era acústica, soviética y con cuerdas de acero; ahí estaba la diferencia, no en el fenotipo.

Seriosha introdujo el casete en el walkman, me pasó los audífonos y apretó *play*.

Una locura, dije después de dos minutos que me parecieron diez; desafinado, una mierda, mejor que se dediquen al tango. Escucha, dijo Seriosha y se acercó unos centímetros, sentí su aliento a merluza; es rock, es punk y es en español, justo lo que necesita este país, sé lo que te digo; mira los tiempos que corren, el mundo está cambiando, hasta los soviéticos están cambiando, ¿y nosotros?, ¿bailan-

do chachachá?, ¿el bolero protesta de Fermín Buesa?, ¿All you need is love?, ¿she loves you yeah yeah yeah?; estas (volvió a sacudir el casete en el aire) serán nuestras influencias, seremos punkers, hablaremos de nosotros, de sexo y de política, seremos rebeldes y de paso, conquistaremos toneladas de mujeres, ¿entiendes?

Quedé mareado con el discurso y el aliento de Seriosha. Volví a recordarle que no era músico ni poeta ni loco, que nunca había visto un bajo eléctrico, que nunca... Ya estás adentro, me interrumpió; solo que no lo sabes. Comenzó a cantar: "Por el asco que me da, tu sociedad". Movía la espátula como si fuera la baqueta de la batería y me golpeó la mano con que pretendía alcanzar la botella. ¡Mierda! Otra vez el ácido. Y otra vez Chaviano.

Pasada la medianoche, ya en mi cama y a pesar de estar hecho polvo, me costaba conciliar el sueño. Horizontal en mi litera, de fondo un lejano concierto de grillos y sapos, miraba el techo, me rascaba los huevos y pensaba en las palabras de Seriosha: "sabes poner acordes", "eres medio poeta". Me veía de bajista de una banda que tocaba Argentinian Punk o como carajo se llamara eso, que provocaba la histeria de un público fundamentalmente femenino (toneladas de mujeres) y me gustaba lo que veía. Era mi lado artístico, ese que me hacía leer libros de grandes (acababa de terminar *Los miserables*, por ejemplo), o escribir versos en una libreta que yo no mostraba ni a punta de navaja, o practicar acordes de canciones de los Beatles en mi vieja guitarra de cuerdas de acero. También me gustaba la ciencia. Uno de mis héroes era Leonardo da Vinci, un tipo que lo mismo pintaba la Mona Lisa que diseñaba un helicóptero; yo quería ser algo así, un científico culto, uno que supiera de música y de libros y que tocara la guitarra, uno a

quien las mujeres admirasen por hablar de algo más que átomos y fórmulas.

Apareció mi padre en mis pensamientos, como para que lo pensara tres veces antes de excitarme con la idea de ser adolescente punker. Neurocirujano competente, recto y monótono como un formato A4, la música (y en general el arte) le importaba un pepino; vivía orgulloso, soltándole a quien quisiera escucharlo, que mi nueva escuela no era cualquier internado en el campo, sino el Instituto Preuniversitario Especializado en la Física Cuántica Nikola Tesla, de lejos la mejor institución educativa de Nueva Atlántida, una verdadera incubadora de científicos, el tipo de educación que necesitábamos para dar el gran salto, etcétera (por aquel tiempo los expertos calculaban que para llegar al comunismo hacían falta cincuenta años, cuarenta si apretábamos el acelerador). Vida de artista, era la frase preferida de mi padre cuando me veía en estado contemplativo, leyendo o tocando la guitarrita. Sí, vida de artista, un atajo seguro a las praderas africanas, añadía mi madre, pragmática, economista y especialista en planes quinquenales. Mi madre solía usar las sobremesas familiares de domingo para machacarme con aquello de que no había otro camino que aquel que pasaba por el Instituto Tesla, hacía escala en la universidad, concluía en algún centro científico de renombre y sobre todo, esquivaba el Servicio Militar y la guerra en Angola, Somalia o Sudán. Yo voy a muerte con la Revolución, concluía mientras saboreaba su café; pero nunca entenderé esa obsesión del Gran Mariscal con exportar su revolución a África; ¿cuántos africanos habrán leído el Manifiesto Comunista?

Da Vinci, Argentinian punker o reservista en las praderas africanas; algo sí era seguro: yo no quería ser como ellos.

Con principios de insomnio, recordé mi primer día en el Instituto Tesla. El motor del ómnibus encendido, todos los asientos ocupados, yo abrazado a mi mochila verde olivo.

Me gusta tu mochila, me dijo mi compañero de asiento. Era de mi abuelo, tiene su historia, contesté. Nos presentamos, resultó estar en mi grupo; me dijo su nombre: Aarón, con doble a, es un nombre judío, mi padre es judío. Lo examiné; nunca había visto un judío, este no debía ser un ejemplar de pura sangre, porque era negro como tinta china. ¿Nervioso?, preguntó. Le dije que no, aunque en realidad sí lo estaba. Yo tampoco, me dijo, por ahí intrigado...; se dicen muchas cosas, que nos van a formar para trabajar en el diseño de la primera bomba atómica de fabricación nacional, nuestro proyecto Manhattan. Dicen muchas cosas, dije por decir algo. Mi padre sería bueno para construir una bomba atómica, siguió el negro judío que ya me alteraba un poco con su cháchara; tiene una cabeza que ni te cuento, es miembro fundador de la Federación Nacional de Innovadores y Racionalizadores y ha ganado dos veces la Olimpiada Nacional de Inventores. Pensé: si mi futuro inmediato era convivir durante tres años con ese tipo de personajes, mejor me anotaba como voluntario para ir a pelear a Somalia.

El ómnibus comenzó a moverse, Aarón seguía hablando, yo dejé de escucharlo; solo reparaba en mis padres que desde la acera me seguían con la mirada; lucían orgullosos y quise seguirles la corriente, mostrarles mi mejor sonrisa y transmitirles sin palabras que no se preocuparan, que partir de ese momento sería otro.

Tiene su historia, le dije a Aarón sobre mi mochila verde olivo. La había usado mi abuelo cuando se alistó como mili-

ciano voluntario en los días de la Crisis del Plutonio 239, cuando los soviéticos quisieron instalar sus ojivas en Nueva Atlántida y los norteamericanos se opusieron a que un diminuto archipiélago en el Océano Atlántico, en el baricentro del Triángulo de las Bermudas, tuviera el armamento necesario para defenderse del Imperio. Se venía la Tercera Guerra Mundial.

De niño me gustaba escuchar las historias de guerra de mi abuelo, de su pelotón movilizado hacia una zona donde habían cavernas subterráneas con fósiles y pinturas rupestres, lugar estratégico porque se suponía que hasta ahí no llegaría (o llegaría con retraso) la radioactividad. La misión del pelotón del abuelo: proteger el ingreso a las cuevas; armamento asignado: un cañón ZIS-3 de la Segunda Guerra Mundial y un fusil máuser para cada miliciano. De niño, yo creía que el abuelo era algo menos que un héroe mitológico porque había estado en una guerra, y cada vez que en televisión veía algún cañón parecido, yo saltaba: “¡es el cañón del abuelo!”.

La crisis duró un mes, tres semanas y tres días y terminó cuando los soviéticos negociaron la paz a cambio de llevarse a su casa el Plutonio 239. Mi abuelo murió veintitrés años más tarde, convencido de que hubiese podido derrotar al Imperio y salvar el mundo con su viejo cañón ZIS-3.

Caía la noche, el ómnibus traspasó la verja del Instituto; en la cima de la escalinata, cual Alma Máter de expresión empalagosa, nos esperaba Daysi. Aparentaba treinta y pico, tenía cuerpo de jugadora de voleibol y anillos en sus diez dedos largos. Se presentó como profesora de Historia y delegada de las Juventudes Comunistas; nos dio un breve discurso de bienvenida, nos llamó futuros pilares de la

patria, dijo que éramos privilegiados, aunque la palabra que más utilizó fue sacrificio. Pidió que la siguiéramos.

Tímidos y silenciosos, caminamos por pasillos iluminados por focos de luz fluorescente. Como en un museo, Danyi nos presentaba lo que veíamos al paso: el bloque de albergues, el académico, el pasillo central, el aéreo, el comedor, las aulas, los laboratorios. La novedad de la noche: el nuevo laboratorio de computación, veinte computadoras NEC recién donadas por los japoneses. ¡Esos japoneses!, dijo alguien.

El recorrido terminó en el teatro. El programa incluía otro discurso, esta vez a cargo de Medardo, Subdirector de Orden y Reglamentos, bajito, cuarentón, jorobado y con lentes culo de botella. Me pareció decepcionante que la disciplina de la mejor escuela del país estuviera a cargo de ese tipejo aparentemente sin atributos. Cuando abrió la boca para hablar de reglamentos, restricciones, faltas y sanciones, noté que el supuesto tipejo tenía voz de barítono y la sabia modular para transmitir autoridad. Una nube de temeroso silencio se instaló en el teatro; a cada rato interrumpía su discurso para consultarnos si habíamos entendido, si teníamos alguna consulta; era una típica pregunta retórica; paralizados por el miedo, nadie se aventuraba a hablarle a aquel enano gris.

El día comenzaba a las seis con el timbre y una sesión de gimnasia; quince minutos de cuclillas y flexiones para recordarnos que, a pesar de ser supuestos geniecillos filtrados mediante rigurosos exámenes de ingreso, éramos adolescentes y requeríamos disciplina. Terminaba la gimnasia y quedaban veinte minutos para asearse, ponerse el uniforme y tender la litera; uno podía dejar de lavarse la cara, po-

nerse arrugada la camisa o salir despeinado, pero nunca dejar la litera sin tender; era importante que la frazada quedase bien doblada bajo la almohada, y el cubrecama liso, de modo que sobre él pudiera rodar una moneda. Después, otros veinte minutos para el desayuno, tiempo apretado para trescientos jóvenes hambrientos, por lo que en el comedor no se permitían las sobremesas. El menú: un vaso de café con leche y un pan con mantequilla (acostumbrarse a la frugalidad parecía formar parte de la educación del Hombre Nuevo). En el comedor coincidíamos con los alumnos de grado once y doce; al principio los mirábamos con envidia y fascinación, ellos habían pasado la prueba, habían resistido el primer año; añorábamos estar en su lugar, sentirnos capaces y triunfadores, como marineros curtidos, como verdaderos y futuros pilares de la patria.

El amanecer concluía con el Acto Matutino (familiarmente, el Matutino) en la Plaza de la Bandera, donde cada grupo formaba en hileras para escuchar a las autoridades. El Matutino del viernes era el más importante, se entonaba el himno, se izaba la bandera y hablaba el Director, Gerónimo Frías, alias el Trova. Al Trova le gustaba escucharse y de ahí su apodo. Cuando estaba inspirado (y solía inspirarse a menudo) agarraba algún tema de actualidad e improvisaba una perorata que se extendía más allá de la teórica media hora disponible y había que recortar el primer turno de clases. Era gordo y de facciones toscas, una cicatriz atravesaba su nariz, por lo general se ponía guayaberas y parecía sonreír para una foto imaginaria. Cuando hablaba en público, le gustaba hablar en primera persona del plural, decir cosas como: "no vivimos en una sociedad perfecta, pero por ella estamos dispuestos a dar la vida". Siempre hablaba de un libro de memorias que estaba en proceso de corrección; en él describiría sus vivencias como luchador clandestino, fundador del Ministerio del Interior, asesor ideológico de cen-

tros de reeducación de jóvenes con problemas de conducta, hasta llegar a Director del Instituto Tesla.

Para asegurar la calidad de la enseñanza, los grupos tenían como máximo quince alumnos; según las estadísticas, una tercera parte tendría que abandonar la escuela a lo largo del primer año, porque no podrían afrontar las exigencias académicas o porque no aguantarían el régimen disciplinario.

Había dos sesiones de clases interrumpidas por dos recreos y la hora del almuerzo. La sesión de la noche comenzaba a las ocho, después del baño y la comida, y se extendía hasta las diez cuando tocaban el timbre y había que recogerse para el sueño. Esas dos horas se dedicaban al estudio, salvo los miércoles en que se pasaban películas y había tolerancia. También había otras tareas extraclase de carácter obligatorio: una vez a la semana íbamos al huerto a cultivar la tierra; otro día hacíamos labores de limpieza, sacábamos brillo al suelo de los pasillos, recogíamos basura de las aulas y hojas secas de las áreas verdes.

De entrada me llamó la atención el retrato de Charles Darwin que habían colgado sobre la pizarra de nuestra aula de estudio. La explicación oficial era que el aula pertenecía a la cátedra de Biología; Darwin era uno de sus héroes y uno de los pilares del materialismo dialéctico. Por mi parte, le encontré el siguiente significado alternativo: en el Instituto Tesla nadie sobrevivía sin aprobar todas las asignaturas (peor las ciencias exactas). El que tropezaba y no podía levantarse era excluido sin misericordia de la élite científica en formación; los brutos no eran útiles a la patria, o al menos no podían ser sus pilares; la competencia estaba plan-

teada y el Instituto parecía apartarse del igualitarismo socialista para adoptar las leyes de la selección natural.

Una noche dejé el aula de estudio para ir al baño y a la vuelta me detuve frente al mural del segundo piso; entre afiches políticos y noticias varias, estaba la lista con las carreras en Europa del Este a las que podían optar los alumnos de grado doce. No era estrictamente obligatorio, pero una invisible presión social empujaba a los egresados del Instituto a continuar sus estudios cursando carreras de perfil nuclear en algún país del CAME. ¿El proyecto Manhattan que mencionara Aarón? Repasé la lista, no entendía los nombres de muchas carreras, escogí una al azar: Física del Estado Sólido, en Bulgaria. El nombre me pareció enigmático, casi poético. ¿A qué se referían con eso del estado sólido? ¿Planetas? ¿Piedras? ¿Manzanas? Me atraía la idea de estudiar fuera, el estatus de alumno en el extranjero, conocer Europa, estar lejos de mis padres, probarme que era un hombre. Bulgaria no estaba mal; me simpatizaba el “país de las rosas”, porque diez años atrás mi padre había viajado a un curso de especialización en Sofía y nos había traído regalos, chocolates y discos de Karel Gott y Bicer Kírov.

Pasó Osvaldo, uno de mis nuevos compañeros, un tipo macizo y de baja estatura que pestañeaba seguido cuando estaba nervioso (y casi siempre estaba nervioso). Osvaldo también había salido a orinar. Le mostré el listado de carreras; dijo que ni a palos se iba a estudiar bajo la nieve, que con una ingeniería electrónica del montón se conformaba. Aunque aquí, entre nosotros, añadió, si me dejaran escoger, creo que sería mecánico y pondría un taller clandestino. Osvaldo siempre hablaba del Lada 1500 de su familia que pronto heredaría, porque su madre no sabía manejar y

su padre había vuelto de Somalia con estrés postraumático e insensibilidad en la pierna izquierda.

Nos alejamos del mural y caminamos por el pasillo aéreo. El primer examen de física era en dos días, el ritmo de pestañeo de Osvaldo delataba su temor al fracaso; repetía a cada rato que había sido un error hacerle caso a sus padres, que su madre vivía obsesionada con que él se fuera a Somalia y volviera muerto o lisiado, igual que su padre (ese temor materno nos hermanaba); que en dos semanas había estudiado más que en todo su paso por la secundaria; que eso no era vida y que, de haberse puesto firme, ahora podría estar manejando el Lada o dándole comida a sus palomas en la azotea de su edificio.

Sentada en un banco cercano a la escalera, vimos a una muchacha que estudiaba sola. Era un poco gorda, su pelo era del color del aserrín y lo llevaba suelto hasta la cintura; estaba rodeada de libros y apuntes. Al vernos nos preguntó la hora; después, si éramos estudiantes nuevos, porque dijo que era buena fisonomista y no recordaba nuestras caras. Somos, contestó Osvaldo; el viernes tenemos nuestro primer examen. Quiso saber de qué asignatura. Física, respondí. La expresión de la chica se desfiguró, como si le hubieran hablado de un novio que la había dejado plantada el día de su boda. No es por desanimarlos, pero los compadezco, dijo sin pestañear; hace más o menos un año yo estaba en las mismas, qué horror. La muchacha del pelo color aserrín tenía un verdadero trauma con las leyes de Newton; en su pasado reciente se mezclaban exámenes suspendidos, psicólogos, pastillas para dormir, ruptura con el novio de la secundaria, pesadillas, poleas, planos inclinados y vectores. ¡Soñaba con esas flechitas!, exclamó, y sus ojos brillaban como si evocara un recuerdo doloroso. Pero este año será distinto, ya le prometí a mi madre, dijo con una sonrisa que no lograba esconder su tristeza. El timbre de